

EL NUEVO CODIGO DE LA MUSICA SACRO-LITURGICA

Pienso yo, amable lector, que cualesquiera que fueren nuestros gustos personales sobre las artes, y especialmente sobre el de la música, por fuerza habremos de convenir en lo inspirados que estuvieron nuestros padres al condensar algunos de los muchos efectos de esta última en aquel proverbio, que por su laconicidad, por su casticismo, por su perfecta consonancia honra altamente nuestra rica e instructiva paremiología hispana: *quien canta sus duelos espanta*.

Y, en efecto, no creemos haya habido mortal alguno sobre la tierra que no haya experimentado en su espíritu —y por la ley que llaman de la redundancia, operante en los compuestos substanciales, también hasta en su cuerpo— los efectos benéficos de la música, muy en especial de la patria y de la sagrada.

Dejando aparte cuanto la mitología pagana nos legó sobre las proezas llevadas a cabo por Orfeo con los magníficos acentos arrancados hábilmente a su lira, amansando a las fieras, arrastrando tras sí los árboles y hasta suspendiendo el curso de los ríos, bástenos recordar, en primer término, el dicho de las Sagradas Escrituras: “*Vinum et musica laetificant cor*”¹. El vino y la música alegran los corazones. Pensamiento éste al que siglos más tarde el príncipe de los líricos latinos, Horacio, habría de dar, en una de sus Odas a los amigos, la bien conocida y para nosotros insuperable expresión: *Illic² omne malum vino cantuque levato*!

Y en segundo término, acercándonos ya a la historia, terreno, en verdad más firme y seguro que el resbaladizo de la poesía, bástenos recordar las lágrimas que a una persona, psíquicamente tan equilibrada, como el Angélico Maestro, arrancaban los acentos musicales de la Antífona *O Rex gloriose*, y, en fin, para no alargar la lista, bástenos hacernos eco de la respuesta que Napoleón Bonaparte, el genio de la guerra moderna, dio a los aduladores (que en ninguna época faltan) cuando le felicitaban por sus victorias, tan numerosas y brillantes: mis triunfos, más bien que a mis cualidades personales, han de atribuirse al himno de la Marsellesa.

Nada, pues, de extrañar que la Iglesia, ya desde sus comienzos, haya incorporado primero a sus costumbres, más tarde a su legislación

¹ Eccli., 40, 20.

² El poeta escribía esta Oda a sus amigos de Troya. Cfr. ORAZIO FLACCO. *Opere purgate*, ed. Prato, 1840, vol. I, pág. 241.